

JOSÉ ALVAREZ JUNCO

**El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista**

(Madrid, Alianza Editorial, 1990)

A quienes nos interesa el tema de la inmigración y las reacciones nacionalistas a la presencia de colectivos foráneos en una sociedad estructurada y cohesionada, el libro de J. Álvarez Junco es de lectura obligada. En este caso, además, es un placer recorrer un texto escrito en un castellano literario, entre novelado e historiográfico, repleto de evocaciones poéticas y de citas bibliográficas. Las más de quinientas páginas se digieren deprisa, a pesar de la enorme cantidad de notas a pie de página y de *excursus* a temas colaterales al personaje central de la obra.

El personaje central tiene algo de novelesco. Se le podría definir como un aventurero político (más que un teórico o un político de gestión y administración) republicano de últimos del siglo pasado y primer tercio del siglo xx. Hijo de un veterinario militar, nació en Andalucía. La profesión itinerante de su padre le obligó a tener varios domicilios por toda España, hasta que aterrizó en Madrid. Desde allí llevó su dedicación político-demagógica a Barcelona. Tal vez su juventud itinerante, su vida sin arraigo ni raíces locales en ninguna parte y su escasa vivencia de pertenencia a una tierra, explique su rechazo visceral a los localismos o hechos diferenciales como el naciente catalanismo político de finales del siglo xix y su identificación in-

condicional con la unidad española.

De pluma y palabra fácil, sin una base cultural sólida, se lanza desde muy joven, a través de diversos periódicos madrileños y en mítines celebrados por toda la geografía española (principalmente en Barcelona), a una campaña de propaganda republicana y anticlerical muy activa. Consiguió así arrastrar a grandes masas de trabajadores catalanes, especialmente barceloneses, en el convencimiento de un futuro mejor en una lucha sin cuartel contra el poder local establecido. Al no tener un programa social y político definido, cubre la falta de contenido socioeconómico de su discurso con pura verborrea fácil. Actuaba más como «caudillo» obrero que como hombre político expositor de programas sociales elaborados. Probablemente su origen familiar militar influyó en este proceder de Lerroux.

El anticatalanismo, el anticlericalismo y el antimonarquismo fueron los ejes centrales de su actuación política a lo largo de casi cincuenta años de lucha política, con escasa referencia a cuestiones de índole económica o de estructura productiva. Pero no todo fue negativo en su actuación política en Cataluña, donde a principios de siglo llegó a alcanzar gran renombre e importancia. Revitalizó el republicanismo pasivo de Pi i Margall, Salmerón y

otros. Ideó nuevas orientaciones políticas como la fundación de las «Casas del Pueblo», las «meriendas democráticas» (o reuniones de campesinos), las asociaciones de «damas rojas» y otras actividades modernas, en aquel tiempo, que entusiasmaron a los obreros, en su gran mayoría analfabetos, de Barcelona.

Era en la avenida del Paralelo de Barcelona donde solía celebrar con mayor frecuencia los mítines y, por ello, se le llamó el Emperador del Paralelo. Por aquella época dicen las anécdotas que, al llegar en tren a Barcelona desde Madrid, Lerroux se quitaba el sombrero y se calaba la boina para presentarse ante sus devotos y entusiastas seguidores obreros catalanes. Con los años adoptó posiciones progresivamente más conservadoras, hasta llegar a presidir, en 1934, un gobierno de tendencia centro-derecha. Era el momento en que Lluís Companys y otros políticos catalanistas se encontraban en la cárcel a raíz de los acontecimientos del 6 de octubre de aquel mismo año.

Personaje político ambiguo, siempre tiró la piedra y escondió la mano. Así, no se comprometió nunca con fuerza en los acontecimientos políticos que él mismo provocaba o soliviantaba de palabra o por escrito. Por ejemplo, se encontraba en el extranjero en momentos tan significativos políticamente para Cataluña como la Semana Trágica de Barcelona en 1909 o el 18 de julio de 1936. Sus «contactos» le avisaban siempre con suficiente tiempo y premura. No obstante, estuvo alguna que otra vez en la cárcel, por poco tiempo, y mar-

chó al exilio, principalmente a París y Argentina, en algunas ocasiones. En estos lugares contaba con adictos y se relacionaba con gente influyente que le permitieron amasar una pequeña fortuna al cabo de los años.

Murió viejo, a los ochenta y pico de años, en el exilio (Portugal). El general Franco no le permitió entrar en España, a pesar de su españolismo fascistoide y su conversión tardía a posiciones políticas de derechas. Con toda probabilidad, los representantes más conspicuos del nacionalcatolicismo franquista no podían perdonarle sus célebres frases dirigidas a los «jóvenes bárbaros», como él denominaba a los obreros barceloneses, en pro de una su-puesta modernización anticlerical de las costumbres («Levantad el velo de las novicias y elevadlas a la categoría de madres»).

Como el propio autor declara, esta obra responde a un enfoque histórico, de cariz político-cultural más que económico o de historia social. J. Alvarez Junco define su enfoque como perteneciente a la «sociología histórica», es decir, un estudio pluridisciplinar desde el ángulo combinado de la ciencia política y la sociología aplicadas a un problema histórico. No se estudia la organización y mecanismos internos del movimiento populista que fue el lerrouxismo, ni la estructura socioeconómica de la Barcelona del momento para poder encuadrar esta obra en la corriente de la historia social. Dice el autor que «los índices de precios y salarios son menos importantes para entender el lerrouxismo que el falseamiento caciquil de la ley de

sufragio universal de 1980... la pervivencia de valores culturales nobiliario-patriarcales y de creencias míticas sobre la bondad de los humildes...» (p. 18).

Al no considerar como determinantes o influyentes las características del contexto económico y social, no se explica el éxito del personaje de Lerroux en el ambiente obrero barcelonés de principios de siglo más que por los rasgos de la personalidad del líder, cuya internacionalización de valores y actitudes paramilitares era, como es sabido, muy fuerte. Ahí, la psicología social puede contribuir certeramente a analizar los efectos derivados de los procesos de socialización primaria y secundaria en las actitudes, discursos y conducta de Lerroux. El enorme énfasis que pone el autor en describir la personalidad del «orador clásico» como le definía J. M.<sup>a</sup> de Segarra, «orador popular» según Pío Baroja, «magnetizador de muchedumbres» de acuerdo con Vázquez de Mella, en suma, como ídolo de masas, efectista y radical, con un exagerado afán de protagonismo, dan carácter de excelente biografía histórica al libro de J. Alvarez Junco, por la ingente aportación de detalles, entramado de relaciones entre acontecimientos paralelos y visión de conjunto del contexto histórico en que se mueve el personaje.

Ahora bien, se trata de aplicar la ciencia política y la sociología al conocimiento de un problema histórico. Desde la ciencia política sería interesante conocer por qué Lerroux conecta con las masas obreras barcelonesas (no únicamente ni princi-

palmente con los inmigrantes) mayoritariamente analfabetas. Cabría analizar el nivel de cultura política, el grado de asociacionismo de esas masas obreras; los programas políticos de los contrincantes de Lerroux en las elecciones de 1905 que ganó Lerroux, gracias a los votos de esas masas obreras, y no otro político como Pi i Margall. La sociología aportaría el conocimiento sobre la composición interna (demográfica, ocupacional, de situación y posición en la estructura social, de relaciones de poder, etc.) de los seguidores de Lerroux, contemplados como clase social, grupo de *status*, grupo de intereses, grupo de no privilegiados, estrato, grupos de no autoridad, *outsiders*, etc., según se adoptara el criterio marxista, weberiano, darendorfiano, de Ossowski, Lenski, Davis y Moore, Wesolowski, de Parkin y tantos otros.

Después de leer el apasionante relato de J. Alvarez Junco sobre la vida y entorno de Lerroux, sigue intrigando por qué a principios de siglo los obreros hicieron caso a un demagogo populista y no a otra opción política. Tal vez las posibilidades de promoción individual, de movilidad ocupacional y de ascensión social no eran suficientemente fuertes para optar por intentar integrarse en la sociedad catalana, venciendo las dificultades, en lugar de dejarse arrastrar por inciertas promesas de un futuro mejor. Presuponiendo el comportamiento racional de todo ser humano, por mínimo que sea su nivel de información, conocimientos, formación y *know how*, es quizá preciso apuntar a las posi-

bles causas estructurales (económicas y sociales, de conflicto de intereses) para comprender la dimensión político-cultural de «la pugna política entre élites dominantes y élites pretendientes o desafiantes» (o creíblemente amenazadoras para el contrario, en términos de la teoría de los juegos), tal como explica el autor el lerrouxismo. Sigue intrigando por qué el movimiento obrero barcelonés era partidario, en aquel momento, del republicanismo y era contrario al catalanismo emergente entre una minoría de profesionales e intelectuales (no orgánicos).

La explicación de confrontación ideológica entre los obreros y la burguesía catalana que tan bien expone el autor, especialmente en el capítulo octavo, lleva a preguntarse por qué el lerrouxismo representó la «encarnación del patriotismo español, en Cataluña y fuera de ella». Teniendo en cuenta la distinta composición socioeconómica y socioprofesional de la clase obrera de principios de siglo en comparación con la actual (simplificando, los artesanos formaban parte de la pequeña bur-

guesía y hoy serían obreros especializados), entender el lerrouxismo como movimiento obrero implica explicar cómo Lerroux atraía a los «descamisados». En este sentido, cabría profundizar en los componentes milenaristas más que ideológicos de este movimiento.

Sin reparos, hay que alabar y agradecer el intento pionero de José Álvarez Junco de introducir la sociología histórica en nuestro país; aunque la tarea tal vez fuera más sencilla si se partiera de la sociología para analizar un hecho histórico y no al revés, para no caer en la prevención contra teorías sociológicas de tanto poder heurístico y capacidad de aplicación como las teorías de la modernización (p. 352), de las que, para desgracia del autor, me considero una entusiasta conocedora. Bromas aparte, esta obra merece la concienzuda atención de los estudiosos de hechos históricos con una clara línea de continuidad en el presente, como es el populismo lerrouxista.

Carlota SOLÉ

ANTHONY GIDDENS

**Sociología**

(Madrid, Alianza Universidad Textos, 1991)

A quienes nos dedicamos a la enseñanza y la vivimos como un proceso de aprendizaje continuo y recíproco nos convoca el ayudar a aprender a quienes, si les dejamos, nos ofrecen, encuentro tras encuentro,

señales afirmativas de un sentido deseo de correspondencia entre el *qué* y el *cómo*: *quieren saber conocer aprendiendo a vivir*. Y son las claves del saber vivir hoy (y ayer) las que mejor pueden orientar las estrate-